L

a verdadera búsqueda de la unidad de los profesionales contables exige un respeto inmenso por todos y la aceptación de las diferencias que son propias en las sociedades. En varias ocasiones hemos acusado a profesores de sembrar el odio entre los contadores, principalmente por razones políticas. Hoy queremos sentar nuestra voz de rechazo ante quienes hacen del poder y del dinero motivos de discriminación. A lo largo de nuestra larga vida académica hemos enseñando en muchas escuelas contables, situadas en diferentes departamentos del país. Las diferencias son inocultables. Sabemos que los campus son ofertas de posibilidades para los estudiantes, que algunos aprovechan y otros no. Pero, en todo caso, no son los edificios, ni los laboratorios o las bibliotecas, las que hacen a los profesionales. Sencillamente los que estudian aprenden, estén donde estén. Por lo mismo, tampoco los más destacados profesionales solo son los que vienen de universidades muy bonitas, modernas y con creciente automatización. Hemos conocido profesores de muy bajo nivel, aunque tengan título de maestro o doctor. En cambio, conocemos docentes que son muy admirados porque su sabiduría es innegable. Estos están dispersos entre nuestras escuelas y no son solamente los de las universidades más pudientes. Sabemos que hay firmas de contadores muy adineradas y otras que escasamente se sostienen. Pero la calidad no depende solamente del dinero en el banco, de las redes, de los manuales y programas disponibles, sino de la diligencia e integridad de los practicantes. De nada valen todos los recursos en manos de contadores que a sabiendas dejan pasar tratamientos incorrectos, para no perder cuentas sustanciosas. Por muy buenos resultados financieros que logren, no son estos los que hacen apreciada a la contaduría. El prestigio, la importancia, la esencialidad de la contaduría, descansa en los profesionales íntegros y diligentes, más que en los más ricos.

No podemos más que rechazar las múltiples divisiones que existen en nuestro país por virtud del dinero, que hace posible mejores sitios, productos y servicios. Hay que saber que ricos o pobres, todos somos iguales y que, ricos o pobres, podemos ser profesionales de alto nivel, aprovechando esta sociedad del conocimiento que ha roto las barreras de las suscripciones costosas. No nos produce rechazo ir a ningún campus, por humilde que sea, porque lo importante es la dedicación al estudio y el compromiso con los valores profesionales. Si hacemos de la pobreza un motivo de rabia, caeremos en las mismas nefastas conductas de los ricos, es decir, en la constante discriminación.

Tampoco el poder formal, que viene de las investiduras jurídicas, da a las personas una valía superior a la que intrínsecamente tienen. Así, por ejemplo, los órganos de la profesión contable están al servicio de esta y no son los rectores de la profesión, entre otras cosas porque ninguno de los dos puede determinar conductas exigibles. La unión del poder y el dinero da lugar a muchas segregaciones.

*Hernando Bermúdez Gómez*